

10

A. CHELEN ROJAS

“El Reinado de Lenin”

BB BIBLIOTECA POPULAR CHILENA BB

567235

VOLUMEN I

BORIS NOBEL

"EL REINADO DE LENIN"

TRADUCCIÓN DE DON RICARDO CABIESES Z.



SANTIAGO DE CHILE
Imp. Fiscal de la Penitenciaría

1930

A. CHELEN ROJAS

Introducción

El barón Boris Nobel, autor de este interesante estudio, es un antiguo profesor de la Universidad de San Petersburgo, y Subsecretario de Estado en el Ministerio de Negocios Extranjeros durante el Gobierno provisional que siguió al derrocamiento del Imperio y antecedió a la exaltación del bolcheviquismo. Aunque fué perseguido y encarcelado dos veces por los comunistas, pudo librar la vida y permanecer en su patria hasta el mes de Junio del año pasado—1919. Su palabra tiene, por tanto, la autoridad que le da el conocimiento directo e inmediato de los sucesos que relata.

Santiago, 1.º de Abril de 1920.

A. CHELEN ROJAS

El Reinado de Lenin

No es razonable simplificar demasiado los datos del problema del bolcheviquismo ruso. La Rusia pasa hoy día por una de las crisis más hondas de su historia, y conviene a los que desean formarse una opinión exacta sobre los negocios rusos, desentrañar sin prejuicios y del modo más imparcial que sea posible, el verdadero alcance de esta crisis, sus verdaderos orígenes y sus inevitables consecuencias.

La tesis oficial de los bolcheviques rusos, con frecuencia aceptada en el extranjero, exhibe al bolcheviquismo como la aplicación pura y simple de una de las variantes del socialismo internacional moderno. Con todo, se trata de un fenómeno eminentemente nacional y local, que pertenece a un medio y a un momento histórico netamente determinados.

Las doctrinas de los jefes bolcheviques apenas si tienen un parecido remoto con la reali-

dad de los hechos, y se yerra el camino cuando se limita el estudio a la discusión de esas doctrinas. Lo que importa es conocer el bolcheviquismo ruso, tal cual es; y el solo medio de alcanzar ese resultado, consiste en consagrarse al examen del conjunto de los sucesos constitutivos de la crisis de 1917-1919 por medio de una observación histórica objetiva.

I

En la Rusia del antiguo régimen, la tradición exigía que los estudiantes de las Universidades fuesen más o menos «revolucionarios». Desde los principios del reinado de Alejandro II, se sucedían en las Universidades generaciones de estudiantes que fundaban su actividad revolucionaria sobre aspiraciones vagamente socialistas. Durante largo tiempo adhirióse a una doctrina autóctona creada por Alejandro Herzen, que tendía al perfeccionamiento y a la generalización del antiguo comunismo agrario de los campesinos rusos, conocido en el extranjero bajo el nombre de «Mir». Pero el movimiento socialista ruso cambió radicalmente de aspecto en 1895. Un grupo de estudiantes declaró rechazar lo que existía de particular a la Rusia en la tradición socialista de este país. Proclamaba que el movimiento económico de la Rusia no podía seguir otro rumbo que el de

los países occidentales, y que, por consiguiente, era llegado el tiempo de aceptar integralmente las ideas de Karl Marx, acerca de la evolución socialista. Fué en ese momento, y precisamente bajo la bandera del marxismo internacional, cuando los bolcheviques aparecieron en la escena histórica rusa. Lenin es uno de los jefes que más se destaca en el naciente marxismo ruso, al lado de Pierre Struve, actualmente uno de los representantes más ardientes del movimiento anti-bolchevique, y de muchos otros.

La nueva escuela, junto con renunciar a las ideas de sus predecesores y de proclamar la filosofía, apellidada científica, de la evolución necesaria de la sociedad, no dejó de heredar por eso el fondo de tradiciones netamente revolucionarias de las generaciones precedentes. El antiguo régimen ruso había concitado contra él a los «intelectuales» y, en primer lugar, a la juventud de las escuelas; y, fuerza es reconocerlo, la lucha encarnizada que sostenían antes de la primera revolución y aun después, tanto contra el movimiento de las clases superiores, calificado de liberal, como en contra de las más modestas y las más legítimas aspiraciones de los obreros y de los campesinos, no podía dejar de provocar, de rechazo, las más violentas tendencias revolucionarias. La falta de educación política y nacional del pueblo,

resultado del monopolio que la autocracia se arrogaba en la cosa pública, unida a esa falta del sentido del justo medio, característico del eslavo, infundió al movimiento revolucionario ruso ciertos vicios originales de que no pudo desprenderse durante largo tiempo. Los conductores del movimiento confundían el odio contra el Gobierno con el odio contra la Rusia, llegando así a la negación absoluta de la idea de patria y a un concepto de internacionalismo excluyente de toda noción de un patrimonio histórico y nacional.

La lectura de las obras de Karl Marx, consideradas como el libro de la ley, fortificaba esas tendencias anti-nacionales: la revolución social inminente habría de suprimir todas las viejas fórmulas políticas, todas las distinciones históricas entre los diferentes Estados y les sustituiría el reinado de la clase obrera internacional. La parte activísima que desde sus principios tomaron en el movimiento muchos estudiantes israelitas, representantes del elemento de la población rusa, que más ha sufrido bajo la autocracia, y que, por consiguiente, debía odiar el antiguo régimen, acentuó el carácter agudo y vindicativo de la lucha emprendida, la cual sin ese factor habría sido, quizá, menos violenta.

El grupo de los «socialistas-demócratas» de la primera hora, núcleo del futuro bolchevi-

quismo, era poco numeroso, pero se manifestaba siempre muy activo. La batalla empeñada sobre el terreno de las ideas tuvo muy pronto el carácter de una agitada propaganda en los centros obreros. La policía del antiguo régimen intervino e hizo estragos: Lenin y la mayoría de los otros miembros del grupo fueron enviados a Siberia. Pero, bajo el antiguo régimen, un revolucionario se evadía fácilmente al extranjero; la pena de muerte se aplicaba raras veces; la vergüenza de haber hecho de ella un arma política diaria recae enteramente sobre los bolcheviques. Pues, bien, después de 1900, todos los miembros del grupo de los socialistas-demócratas rusos se encontraban en el extranjero. La atmósfera ambiente de un éxodo político es siempre y en todas partes la misma. No dejó de producirse una lucha encarnizada en el interior del grupo de los refugiados, y fué durante el curso de esta lucha cuando Lenin llegó a formar un pequeño centro de fervorosos adeptos que, bajo el nombre de «bolcheviques» constituyeron la izquierda de la «democracia-socialista» militante.

Vueltos a Rusia después de la proclamación de la Constitución y la amnistía, los miembros del pequeño grupo socialista-demócrata se lanzaron al combate y muchos de ellos desempeñaron un papel culminante. Strotzky, para no citar sino un ejemplo, era vicepresidente del

Consejo (Soviet) de los obreros que funcionaban en Petrogrado cuando tuvo lugar la huelga general que ocasionó el manifiesto constitucional del 17 (30) de Octubre. El rumbo general de los sucesos de la primera revolución, que terminó por el establecimiento de un régimen monárquico y constitucional censitario, no permitió que el grupo tuviera una influencia inmediata. En el curso de los años que siguieron a la crisis de 1904-1906, la opinión pública rusa, salvo quizá un núcleo muy restringido de adeptos de la nueva escuela, no se interesaba absolutamente en lo que ocurría dentro de los pequeños círculos socialistas-demócratas. Con todo, es preciso que remontemos a esta época para comprender cómo se ha formado el bolcheviquismo ruso y cómo se ha producido su victoria de 1917.

Lenin, observando de cerca el desenvolvimiento de esta crisis de 1905, comprendió que las masas rusas, en apariencias tan tranquilas, encerraban elementos incendiarios. Comprendió también que, si ciertas eventualidades se produjesen, bastaría la más leve chispa para incendiar la campaña rusa y hacer saltar el edificio político y social del país. Y aplicó toda su actividad sobre la base de sus observaciones de aquella época. Ciertamente, la revolución agraria del porvenir que se esbozaba ante sus ojos se parecía muy poco a la revo-

lución social tal cual surgía de la doctrina Marx. Pero Lenin no era hombre que se perturbase por objeciones doctrinales, y, al mismo tiempo que trataba de defender su programa, sirviéndose de la lógica marxista, ajustó sin escrúpulos su línea política a la posibilidad de provocar una revuelta de las masas campesinas rusas.

¿Cuáles eran las fuerzas latentes sobre cuya acción especulaba Lenin? Importa mucho, para darse cuenta del fenómeno del bolcheviquismo recordar en breves palabras las fases principales de la historia del desenvolvimiento económico de Rusia.

La Rusia ha sido siempre un país agrícola. La organización política y social de la antigua Moscoviae, se fundaba sobre la distribución de tierras a todos los servidores del Estado; los campesinos que habitaban estas tierras pasaron a ser, a partir del siglo XVII, los siervos del propietario; su trabajo, obligatorio en el sistema político de entonces, era considerado como un pago suplementario atribuido a las gentes de guerra y a los funcionarios públicos por el servicio que prestaban al Estado, que era también obligatorio. Bajo el imperio de ese sistema de servidumbre universal, los campesinos se acostumbraban a considerar las tierras del propietario, cualesquiera que fuesen sus títulos al predio, como

una dotación gubernamental, remuneradora de los servicios prestados al Estado y subordinada a la condición de ese servicio. La idea de la propiedad no podía formarse en los espíritus de una manera neta, y clara. Por otra parte, en la constitución interior de la propiedad raiz, el campesino, en virtud de una costumbre secular, se consideraba con derecho al conjunto de las tierras que trabajaba en común; a sus deberes respecto de propietario correspondía, según él, la obligación mal definida por la legislación, pero tácitamente reconocida, que de suministrarle el goce, afectaba al propietario.

El sistema de las dos situaciones de dependencia subordinadas una a otra, el de la nobleza respecto al Estado, y el de los campesinos respecto a la nobleza, tuvo su término en 1762, con la expropiación de esta última; pero las antiguas ideas de la masa campesina, en lo tocante a su derecho sobre las tierras de los propietarios que debía continuar trabajando, subsistieron a pesar del cambio ocurrido. La emancipación de los siervos en 1861, se resintió de estas ideas.

Los propietarios agrícolas destituidos de toda organización de clase y de todo recurso legal político, habituados a obedecer, no supieron, cuando se verificó la reforma de 1861, ni formular ni defender el carácter abstracto de

su derecho a las tierras que les pertenecían. Sufrieron la reforma tal cual fué elaborada por la burocracia liberal de la época y por los representantes de la opinión pública avanzada. Había sido concebida bajo los dictados de un espíritu de verdadero socialismo del Estado. La emancipación de los siervos fué un acto de expropiación general y en grande escala de los propietarios por medio del cual se adjudicó a los campesinos las dos terceras partes de las tierras de la nobleza. Los ideólogos de la reforma agraria de 1861, dentro del mismo orden de ideas, creyeron conveniente conservar intacta la antigua comunidad inmueble, defecto natural de la servidumbre. Las tierras concedidas a los campesinos quedaron indivisas, como predios que pertenecían a la comunidad y que aseguraban para el porvenir, por medio de reparticiones periódicas, un *mínimum* necesario para la subsistencia de los miembros en la comunidad.

El método seguido por la ley de 1817, sobre la emancipación, produjo los siguientes resultados: el campesino encontró la prueba de que su concepto más o menos vago acerca de un derecho primordial que había tenido antes sobre las tierras del propietario, era aceptado por el Zar y su Gobierno. No comprendió por qué motivo, en tales condiciones, no recibía sino cierta parte de esas tierras, fijada

más o menos arbitrariamente, y nó la totalidad; dedujo de esto que la expropiación de los propietarios era un acto de simple justicia, el reconocimiento de sus derechos pre-existentes, pero que, sin razones suficientes, se detenía la reforma en mitad del camino. Se habituó así a pensar que la parte de las tierras que quedaban en poder del propietario, después de la emancipación, debería un día u otro serle devuelta, en virtud de ese mismo derecho primordial. La propiedad privada del antiguo señor convertida ahora en simple vecino, sólo fué reconocida como una situación de hecho, pero nó como un verdadero derecho absoluto.

Por otra parte, el derecho del campesino a la tierra que había adquirido, no era, según el concepto de los reformadores de 1861, y según la conciencia jurídica de las masas, un derecho de propiedad puro y simple. La comunidad de goce de las tierras campesinas era una negación de la propiedad y encerraba la idea de que la tierra no era sino un acervo público destinado a satisfacer las necesidades de los cultivadores.

Todos los que conocían el campo en Rusia se habían familiarizado con ese estado de alma de los campesinos rusos después de la emancipación. Comprendíase que la paz social que parecía reinar encubría los gérmenes de un aba-

timiento profundo y de un incesante malestar. En su fuero interno el campesino juzgaba al antiguo noble como el depositario injustificado del fondo de reserva, que desde largo tiempo atrás había debido corresponder a los pequeños cultivadores.

En el curso del medio siglo que separa la crisis de 1905-1906, de la emancipación de los siervos, el fondo de las cosas en los campos había permanecido el mismo. Los progresos agronómicos en el pequeño cultivo eran muy lentos; se hacía, pues, necesario acrecentar la superficie de las tierras cultivadas por el campesino para asegurar su subsistencia. La propiedad extensa era también poco progresista. No alcanzaba, salvo casos excepcionales, a un grado de desenvolvimiento económico que inspirase respetos por sus resultados técnicos superiores. El antiguo noble no supo constituirse en verdadero señor rural consciente de sus derechos de propietario agrícola, y pronto para defenderlos por todos los medios. El propietario agrícola era, generalmente, un hombre que no vivía en el campo sino algunas semanas durante la estación veraniega, y que se limitaba a percibir la renta de sus tierras alquiladas a los campesinos. Estos últimos, a su vez, esperaban con impaciencia el momento en que fuera liquidada definitivamente una situación económica que se la re-

presentaba siempre como injusta, anormal y transitoria.

De este modo, la idea de la repartición de las tierras del propietario no resultaba ser una teoría importada a los campos por propagandistas revolucionarios, sino el efecto de un socialismo instintivo y latente de las masas.

Por lo demás, el pasado entrañaba una advertencia muy seria para el futuro. En repetidas ocasiones, en el curso de los últimos siglos, se había visto a las masas sublevarse, matar a los propietarios, saquear los castillos y las granjas; el gobierno había hecho intervenir la fuerza armada y muchas veces para el restablecimiento del orden exigía un esfuerzo considerable. Nuevas rebeliones, grandes o pequeñas, eran siempre posibles. El movimiento agrario de 1905-1906, demostró la facilidad desconcertante con que las masas pasaban de la sumisión habitual a un sangriento estado de anarquía. Dos hombres en Rusia supieron deducir una útil enseñanza: Stolypine y Lenin. El gran Ministro trató de poner remedio a la miseria moral de la campiña rusa, dando vida a la pequeña burguesía campesina; y, con la energía que le era peculiar, creó él una legislación que debía sustituir la pequeña propiedad individual a la comunidad tradicional de las tierras. Pero su programa agrario, como toda la reforma social orgáni-

ca, no podía producir un cambio radical en el espíritu de las masas, sino después de una o dos generaciones. Desgraciadamente el tiempo faltó.

Lenin también comprendió el gran significado de las rebeliones de campesinos en las diferentes comarcas de Rusia, que tuvieron lugar en 1905-1906. Vió en ellas una prueba manifiesta del estado revolucionario de las masas y fundó sobre ellas, también, todos sus cálculos políticos. Era evidente que existía una contradicción manifiesta entre sus proyectos y la idea marxista. Los mencheviques, puros socialistas demócratas, cuya probidad intelectual rechazaba la idea de sustituir la revolución social por una revuelta de campesinos, se le mostraban hostiles; pero Lenin triunfó. La mayoría de la democracia socialista se mantuvo puramente revolucionaria. Y escogió con Lenin el momento oportuno para arriar fuego a la pólvora.

II

Otra enseñanza que Lenin dedujo de la crisis de 1905-1906, fué la noción muy neta y clara del peligro que para toda sociedad moderna ofrecía una gran guerra.

La primera revolución rusa había surgido del conflicto con el Japón. Las proporciones

de esa contienda parecen hoy mediocres, casi insignificantes; pero era con todo una guerra entre dos grandes potencias, y su repercusión sobre la situación interna de Rusia fué considerable. Ninguna preocupación de orden nacional o patriótico existía para Lenin, y ya, desde 1906, sólo veía en la guerra una riña entre capitalistas de distintas nacionalidades, apta solamente para preparar «una situación revolucionaria».

La doctrina que predicaba, era muy simple. Con la ayuda de un libro muy conocido de Hilferling, sobre el «Capital financiero», desarrollaba la idea de que el imperialismo era la expresión archimoderna del capitalismo y de que la guerra en Europa sería la señal de que había llegado la hora de principiar una lucha de vida y muerte contra la sociedad. Lo que Lenin veía en 1905 en Rusia—un movimiento revolucionario determinado por una guerra—lo imaginaba como susceptible de producirse en Europa en el caso de un conflicto entre las grandes potencias. Cerraba los ojos ante el hecho de que la fermentación de los campos rusos era algo muy distinto del movimiento obrero del occidente; de que este estado latente de revolución primitiva no existía en los países en que los obreros eran ciudadanos que gozaban de todos los derechos políticos y estaban dirigidos por jefes patrio-

tas y esclarecidos; de que si se buscaban paralelos históricos a la rebelión rusa, sería preciso remontarse hasta las sociedades occidentales de la Edad Media. Todas estas consideraciones desaparecieron ante el espíritu de odio que lo perturbaba.

Cuándo estalló la guerra mundial, Lenin fué, entre los jefes socialistas, el primero en lanzar un programa revolucionario absoluto. Desempeñó un papel preponderante en las reuniones de Zimmerwald y de Kienthol, que por lo demás, tuvieron un resultado muy mediocre. La revista redactada en ruso que publicaba en Suiza, estaba llena de invectivas contra los socialistas «burgueses» patriotas, y proclamaba sin reservas que era llegado el tiempo de desencadenar la guerra civil en todos los países.

Ignoro si la voz de Lenin encontró eco en Europa, pero puedo asegurar, que en Rusia nadie, salvo quizá algunos iniciados del bolcheviquismo y algunos funcionarios del departamento de la policía, tuvo en los primeros años de la guerra mundial, la menor idea de quién era Lenin y de lo que escribía en su pequeña revista suiza. La sola y única preocupación de Rusia era la guerra. La dirección de la opinión pública independiente pertenecía al partido segundón (constitucional-dinástico), que desde el principio bajo la influencia del

Miliankoff, de Nalvkoff, de Noccochine, tomó colocación en favor de la guerra.

El Gobierno era poco popular, salvo algunas excepciones, pero se le perdonaban muchos errores por el hecho de dirigir la guerra. Las dificultades de la lucha gigantesca, aún los desastres del primer momento, no descorazonaban a la autoridad, la cual permanecía fiel a su programa. La moral de las tropas se encontraba felizmente influenciada por ese criterio. Los primeros contingentes del Ejército, los que perecieron, eran excelentes. La masa de los soldados, plenamente conscientes, aceptaba la fórmula de la guerra necesaria, de la defensa nacional; sus deficiencias de educación pública y de cultura general eran suplidas por la disciplina, el valor, el espíritu de abnegación, todas las hermosas tradiciones del ejército ruso.

Este estado de cosas sufrió una transformación radical durante el curso de la guerra. La opinión pública o no se penetró o no quiso penetrarse de ello; pero a la luz de los acontecimientos que sobrevinieron, la evolución aparece con toda claridad.

Indicaré las etapas más importantes. La gran retirada de Polonia y de Galicia en el curso de 1915, impuesta por la falta de municiones, suscitó la primera crisis; después de inauditos sacrificios, el ejército fué salvado,

pero ya no era el mismo del principio de la guerra. Había perdido su voluntad de vencer y su confianza en los jefes. Los nuevos contingentes que llenaban los vacíos no aportaban el estado de ánimo de los primeros días de la guerra.

La retirada de 1915 produjo también un choque violento en la opinión pública rusa. Se creyó, por lo demás, con mucha razón, que el Gobierno no estaba a la altura de la obra que le imponían los acontecimientos, que su política reaccionaria sembraba la discordia en el interior, que la enérgica intervención de los elementos extra-gubernamentales era absolutamente necesaria para salvar al país de un desastre. Los directores de la opinión pública creyeron o hicieron creer a los demás que las derrotas sólo tenían una causa, el mal gobierno, que se olvidaba del pueblo ruso. La designación de un viejo funcionario, poco simpático, pero muy insignificante, Stümer, para el cargo de Ministro de Negocios Extranjeros, en el mes de Junio de 1916, exacerbó ese sentimiento: sin prueba alguna, Milionkoff dió a entender en las tribunas de la Duma, que Stümer traicionaba al país; esto, que era falso, tuvo una repercusión enorme.

Era natural que la caída del zarismo, debida a esta atmósfera moral y también a las faltas del emperador y de la emperatriz Ale-

jandra, fuera mirada por la opinión pública como precursora de la victoria. Pero las primeras semanas que siguieron al golpe de Estado, demostraron a todos los espíritus previosores que esa esperanza era completamente ilusoria.

En realidad, el malestar del país provenía, ante todo, de las fatigas y del agotamiento moral del Ejército. La grande obra de la emancipación política, tan necesaria y tan útil en sí misma, emprendida por el Gobierno provisional, fué el principio de una dislocación general del ejército y también de las masas populares. El nuevo régimen que debía conducir a la victoria, precipitó en realidad a la Rusia a la derrota. Cuando la revolución estalló, Lenin se encontraba en el extranjero. Esperaba su hora. Todas sus previsiones de 1905 y 1914 parecían realizarse, y cuando algunas semanas después de la caída de la monarquía, llegó a Rusia, podía decir que ya existía de hecho la situación revolucionaria que acechaba desde tanto tiempo atrás.

No tenía un partido en el sentido propio de la palabra; tan sólo disponía de un pequeño grupo de adeptos. Un documento publicado en Moscú hace algún tiempo nos suministra a este respecto un dato muy interesante.

En 1906, fué convocado por Lenin en Cracovia un congreso del partido bolcheviquista.

Solamente cuatro personas se reunieron: Lenin, Kameneff, Mme. Lenin y Pokrowsky, este último miembro de la Duma y provocador a sueldo del departamento de policía, bajo el antiguo régimen. Como partido político, esto no valía gran cosa. Pero ese pequeño grupo se acrecentó muy pronto. Alentado por la debilidad y las vacilaciones de Kerensky, todos aquellos que bajo libertad propendían a la anarquía, se agruparon alrededor de Lenin y de su bandera de revolución social.

Lenin comprendió que para poner en ejercicio su plan político, desde largo tiempo concertado, importaba en primer lugar asegurarse el concurso de los soldados. El país rebalsaba de éstos. Las movilizaciones se sucedían incessantemente y el comando ruso se inclinaba siempre a suplir los defectos de organización por el número de los combatientes. Existían guarniciones importantes en todas las ciudades rusas sobre las cuales se ejercía la influencia de la crisis revolucionaria mucho más que en las tropas del frente. Fácilmente se prestaron a la propaganda derrotista de Lenin. El sentimiento del deber, fuertemente quebrantado, desaparecía bajo la influencia perniciosa de una doctrina que a fuerza de sofismas mentirosos proclama la liberación de toda disciplina y de toda fidelidad a la idea de Patria. La muchedumbre, a la cual el antiguo régimen no

había sabido inculcar ningún sentimiento de civismo, acogía fórmulas que justificaban la deserción.

La encarnizada propaganda a que los bolcheviques habían sometido la guarnición de Petrogrado, les valió sus primeros adeptos, un cuadro de individuos de la peor especie, ventajistas revolucionarios, sin fe ni ley. Tan pronto como gracias al concurso de estos elementos sombríos o criminales pareció que la guarnición de Petrogrado se encontraba suficientemente desorganizada, Lenin dió el 25 de Octubre de 1917 la señal del golpe de Estado.

La exaltación de los bolcheviques apareció, pues, prima facie, como un pronunciamiento exclusivamente militar, más o menos aventurado, cuyo éxito en Petrogrado se explicaba principalmente por la incapacidad absoluta del Gobierno de Kerensky y por su política deshonesto, egoísta y mediocre, en lo relativo al mando de los ejércitos del frente.

El golpe de Estado de Petrogrado sacudió al país entero. Los «25 de Octubre» se multiplicaron en todas las ciudades grandes y pequeñas de Rusia. Todos esos golpes de Estado locales, bolcheviquistas, se explicaban por el número de soldados dispersos en todas partes y cuyo estado de espíritu era el mismo que el de la guarnición de Petrogrado. En el otoño de 1917 tuve, con motivo de la campaña

electoral, la ocasión de recorrer las pequeñas ciudades del distrito de Gobierno, en el cual me presentaba como candidato a la Asamblea Constituyente, y recuerdo la grande inquietud de todas las organizaciones locales del partido a que pertenecía: no era otra sino el voto, de las guarniciones completamente extrañas a la región; este voto, desde dos meses antes del golpe de Estado bolcheviquista, había sido conquistado a los bolcheviques y a su programa de deserción en masa. Ningún otro partido tenía la menor influencia sobre ese elemento y era vana toda esperanza de hacerse oír.

Cierta parte de los obreros de las ciudades tuvo intervención en el pronunciamiento militar de los bolcheviques: en todas las ciudades del mundo existe un elemento dispuesto siempre a arrojarse en una revolución, cualquiera que ésta sea. Pero los obreros sólo desempeñaron un papel secundario en la preparación y ejecución del golpe de Estado del 25 de Octubre.

Los otros elementos del país permanecían neutrales y francamente hostiles. Las clases ilustradas odiaban el bolcheviquismo, los campesinos sabían de él muy poco, y los ejércitos del frente no se encontraban definitivamente contaminados.

Un golpe de Estado no es todavía una revo-

lución. Si el pronunciamiento bolcheviquista llegó a ese extremo, ello provino de que Lenin llegaba al poder con la firme voluntad de realizar inmediatamente los dos puntos esenciales de sus programas: convocación de las fuerzas latentes de rebeldía de las masas campesinas, y transformación de la guerra nacional en una regla de clases.

Cuando al día siguiente del golpe de Estado los diarios publicaron los dos primeros decretos de Lenin: el decreto sobre la «paz» y el decreto sobre la «tierra»; se asistió en realidad a un cambio de las doctrinas del país. Dos cambios, de naturaleza totalmente diferente, pero igualmente irreparables e igualmente radicales eran impuestos en la situación de Rusia; por una parte la guerra con Alemania se declaraba perdida, y, por otra, el equilibrio social del país era fundamentalmente subvertido.

El decreto sobre la paz dislocó al Ejército: hubo millones de hombres indisciplinados, cuyo espíritu se encontraba envenenado por el llamamiento anárquico de los bolcheviques que volvieron a sus aldeas con fusiles y cartuchos, y aún con ametralladoras, sembrando en todas partes el desorden y las ideas rudimentarias del programa social provocado y sancionado por el propio gobierno central.

Su ingreso a los campos sobre escitó peligrosamente la efervescencia que ya reinaba en

ellos, y la revuelta inminente encontraba jefes armados a quienes los elementos discretos de los campos no podían resistir.

Por otra parte, el decreto sobre la tierra incitaba a los campesinos para que se apoderasen inmediatamente de los bienes de los propietarios. No puede comprenderse cómo un acto legislativo de esta naturaleza pudo ser dictado en un país civilizado. Lenin nunca ha sido miembro de ningún Parlamento o de un Gobierno cualquiera; no tenía la menor idea de lo que es una legislación. Su decreto es una moción revolucionaria pura y simple. No se preocupa de definir ni quién es el propietario sometido a la expropiación, ni en provecho de quién la expropiación debe ser hecha. Es fácil imaginarse los efectos de semejante legislación. Era simplemente una convocación al pillaje general.

Bajo el Gobierno bolcheviquista era peligroso dedicarse a hacer estudios sobre el terreno; así es que nadie en Rusia sabe exactamente cómo se han desarrollado esos millones de pequeñas revoluciones de aldeas y cuál fué su resultado general. Séame permitido, por vía de ejemplo, describir en dos palabras la historia de un pequeño dominio ubicado en uno de los Gobiernos de la Rusia Central, que conozco muy bien, puesto que yo era su propietario.

Me encontraba ahí con mi mujer, en el verano de 1917. Se sentía el olor de la pólvora pero todavía era yo respetado como su propietario. Después de nuestra partida, en el otoño, recibí de mi administrador un telegrama en que se me anunciaba que se había puesto fuego al establo y que mis vacas habían sido quemadas vivas. Como no tenía medios de defender mis derechos me sometí con filosofía. Dos o tres semanas después del golpe de Estado bolcheviquista, supe que toda mi explotación había sido declarada propiedad de los campesinos. Un comité que se había organizado, hizo la repartición. Pareció que el medio más adecuado para distribuir los muebles era la organización de una lotería. Se trasladó todo lo que había en la casa, en las granjas etc., al patio, y se confeccionaron billetes numerados todos premiados que, representaban, respectivamente; un caballo, un arado, una confección de mi mujer, una raqueta de tennis, etc., y se hizo el sorteo. Uno de los gananciosos se quejaba después amargamente por haber recibido la raqueta de tennis al paso que su vecino había ganado un caballo. Esta fué la primera etapa. Algún tiempo después se resolvió proceder a la repartición de las casas y de las demás contrucciones del dominio. Como los pretendientes eran numerosos y todas nuestras construcciones eran de madera, se

creyó equitativo proceder metódicamente a ese trabajo de demolición. Cada cual recibió una parte igual en vigas. La repartición de los campos sobrevino más tarde, en la primavera de 1918. El lote de cada uno de los numerosos copartícipes resultó tan pequeño que ni con el mayor esfuerzo se pudo obtener por nadie el provecho más modesto. Tal es la historia de mi expoliación efectuada en virtud del decreto de Lenin. No conservo el menor rencor respecto de mis vecinos agrícolas: demasiado conozco la historia rusa para quejarme de la suerte que ha sido reservada a mis bienes, pero no puedo abstenerme de constatar que ese pequeño organismo económico que yo trataba de colocar a un nivel de cultura agrícola superior y que constituía para mis vecinos un beneficio, puesto que yo invertía en él más de lo que me producía, ha sido destruído en detrimento de la producción general del país.

Por lo demás, cualquiera que hayan sido los resultados económicos del decreto sobre la tierra, lo cierto es que ha tenido una repercusión gravísima sobre la situación del país. Puso en movimiento millones de hombres. Todo lo que sobrevivía de orden y de legalidad en el país se desrumbó, y surgió el caos. Ninguna resistencia podía oponerse a ese movimiento: el mecanismo gubernamental propia-

mente dicho, fué suprimido por el golpe de Estado y el poder que pretendía reemplazarlo proclamaba por la voz de Lenin la verdadera fórmula del bolcheviquismo ruso; «Saquear ahora lo que había sido saqueado antes».

Lenin era el amo de la situación, puesto que era el símbolo encarnado de la abolición completa de todo derecho y de toda disciplina social. La República de los Soviets había nacido.

III

Al día siguiente de su victoria, el bolcheviquismo ruso permaneció tal cual aparecía en el instante de su surgimiento y tal cual permanecerá hasta su fin: fuerza eminentemente destructiva nacida de la anarquía y de la desorganización social y caracterizada por su incapacidad absoluta para funcionar como gobierno normal. Al golpe de Estado se le calificaba oficialmente como la implantación de la dictadura del proletariado.

En teoría, desde el primer día del régimen bolcheviquista se dispuso que el poder residiera en los Soviets. ¿Qué es un Soviet? A pesar de su éxito mundial, el fenómeno es netamente ruso y presenta analogías manifiestas con otros numerosos episodios de nuestra histo-

ria nacional. Se trata de una impostura que encubre el hecho brutal de la apropiación del poder bajo una forma sonora. Hace dos o tres siglos, los precursores de Lenin se servían del falso nombre de un Demetrio, heredero del trono de los zares, y de un Pedro III, heredero legítimo contrapuesto a la reinante Catalina II; ahora se invoca una colectividad de obreros, campesinos y soldados.

El Soviet es un grupo cuyo origen se ignora: se pretende elegido por agrupaciones que gozan del derecho de voto, pero en el hecho las designaciones se hacen bajo el dictado de los jefes bolcheviquistas. ¡Desgraciado de aquél que se atreviera a oponerse a una candidatura oficial! El régimen no tolera oposiciones.

Durante el curso de los años, jamás se ha visto a ningún Soviet, supuestamente elegido, ofrecer los menores indicios del más leve descontento. En un país en que los electores se mueren de hambre, los elegidos nunca han dejado de aplaudir las declaraciones gubernativas. El obrero es grosero y primitivo, pero se le soporta como se soporta al bolcheviquismo en su conjunto y en sus detalles; trataré de explicar los motivos, pero por el momento basta constatar que se trata aquí no de una presión ejercida sobre el cuerpo electoral, como sucede en los Estados de la América me-

ridional o en los países balcánicos, sino de un engaño consistente en exhibir a la burocracia bolcheviquista bajo el disfraz de elegida por los obreros, campesinos y soldados rojos. Existen Soviets en todas partes, en el centro y en provincias, siendo el sistema uniformemente el mismo. Los bolcheviques jamás confesarán la grosera impostura que se oculta bajo el nombre de los Soviets; pero todo lo que Lenin dice y escribe para imponerle la dictadura del proletariado o la democracia, equivale ciertamente a una confesión indirecta. La dictadura del proletariado es en el hecho una dictadura personal, que nada tiene que ver con los obreros campesinos y soldados.

No es difícil comprobar que este engendro abiertamente anti-democrático sólo ha sido definitivamente aceptado por el bolcheviquismo en el momento en que debió convenirse de que el poder de sus jefes no tenía otra esperanza de ser aceptado por la democracia rusa organizada. El decreto de Lenin, inaugural del bolcheviquismo, por el cual se constituía el Soviet de los comisarios del pueblo, anunciaba que dichos Soviets sólo funcionarían hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, fijada para los últimos días de 1917. Lenin parecía mantenerse fiel al programa tradicional de la democracia socialista. Los bolcheviques obtuvieron un crecidísimo nú-

mero de votos en las elecciones, pero no alcanzaron la mayoría. Se presentaba esta cuestión: ¿debería someterse a la voluntad del país, o bien convendría disolver la Asamblea Constituyente? Lenin sin vacilar, optó por la última alternativa. Desde ese momento el bolcheviquismo se convierte en un régimen de funcionarios designados por jefes irresponsables, que se incautan de toda la suma del poder sin título legal, una oligarquía lisa y llana. En su lucha por alcanzar el poder, Lenin ganaba una segunda batalla, pero esta vez, mediante la aceptación irrevocable de todo lo que se contiene de odioso y a la larga de soberanamente inestable en una dictadura personal que se apoya únicamente sobre la fuerza bruta.

Es indispensable investigar quién fué en el hecho exaltado al poder, por medio del pronunciamiento del 25 de Octubre, y quién gobernó al país bajo la apariencia engañosa de los Soviets. Existen ramificaciones muy distintas en la organización del poder bolcheviquista. Las dos primeras son representadas por los elementos que tomaron parte en el golpe de Estado, pero la última es de origen más reciente. Se trata, en primer lugar, del centro bolcheviquista, de los directores, en el sentido propio de la palabra. Siempre se trata del pequeño grupo de los instrumentos o fantoches de Lenin, socialistas, demócratas, bol-

cheviquistas, anteriores a la revolución de 1917. Casi no ha variado ese grupo de composición y doctrina después de adueñarse del poder efectivo, ni acepta compartir las responsabilidades con elementos más recientes del bolcheviquismo. Lenin, omnipotente, es el eje de todo. Su autoridad ha subsistido preponderante después del golpe de Estado, y nadie puede pretender reemplazarlo en la dirección de los negocios. Todo lo que se ha relatado acerca de las querellas intestinas que existían en los medios bolcheviquistas parece ser falso o exagerado. Como todo jefe de partido, Lenin necesita tener en cuenta las diferentes corrientes que se desarrollan y otorgar algunas concesiones a las dos alas del partido; pero es él único jefe.

Al rededor de él se mantiene el séquito de sus partidarios, siempre los mismos, los únicos que gozan de su plena confianza y a quienes se confían los cargos importantes de la administración. Es un grupo muy heterogéneo, tanto por la nacionalidad como por las aptitudes. Trotzki, al revés de lo que se piensa en el extranjero, no desempeña sino un papel de segundo orden. Jamás ha sido un hombre completamente entregado a Lenin, al revés de los demás. Durante la emigración casi desempeñaba el papel de opositor, colocándose entre los bolcheviques y los mencheviques. Es

un ambicioso y un advenedizo vulgar. Sólo por mera casualidad ha llegado a ser un bolchevique. Sobre las autoridades inglesas de Halifax pesa la responsabilidad. Cuando estalló la revolución rusa, Trotzky se encontraba en América. Habiendo emprendido el camino de Rusia, fué detenido en aquel puerto como derrotista peligroso. El retardo que con esto sufrió su viaje, hizo que entrara a Rusia cuando el grupo demócrata socialista se encontraba ya organizado. Trotzki, que pretendía la jefatura, se consideró ofendido y sentó plaza en la extrema izquierda, al lado de Lenin. Su actitud durante las conferencias de Brest, contraria a la línea de conducta que preconizaba Lenin, lo comprometió grandemente, pues pretendía imponerse él a los alemanes por sus actitudes de orador de plaza pública; así suscitó la catástrofe que Lenin quería evitar a toda costa. De aquí fué que se le quitara la dirección de los asuntos internacionales y que se le encargase del comisariado de la guerra, que hasta ese momento parecía de poco interés para el bolcheviquismo. Siempre ha tenido poca influencia respecto a la política general del bolcheviquismo.

Los nombres de los otros bolcheviques influyentes son menos conocidos. Hay algunos extranjeros, como Rakowski, judío rumano, y Radeck, judío austriaco, de igual modo que

hay algunos rusos: Lunatchasky, uno de los menos malos, que se dedica a la instrucción pública; Binoviev, judío ruso, pro-cónsul de Petrogrado, uno de los peores, sanguinario y poltrón; Grassine, antiguo ingeniero de la Casa Siemens Schuckert de Berlín, representante de la tendencia supuestamente moderada del bolcheviquismo; Sverdnov, obrero que recibió cierta cultura en el extranjero, propagandista violento, jefe de la izquierda bolcheviquista (muerto después); Rykov completamente nulo, pero encargado de la presidencia del Consejo de la Economía Nacional, Consejo que en principio debe dirigir la producción y la distribución de los bienes de la «Comuna Pan-Rusa»; Krestinsky, abogadillo de Petrogrado, comisario de las Finanzas, insignificante e incapaz, simple máquina de firmar las órdenes de emisión de papel moneda; Schichérine, hombre de valor secundario pero que, en su calidad de miembro de una de las mejores familias de la nobleza rusa, es considerado como «hombre de mundo», y capaz por sus modales, de no lastimar los hábitos distinguidos de los diplomáticos extranjeros, etc., etc. Estos son los iniciadores del bolcheviquismo; sean quienes fueren, se presentan muy disciplinados, no riñen entre ellos demasiado y tienen la plena confianza de Lenin, por cuanto no han llegado, como el segundo grupo de los bolcheviques,

a asociarse a los descontentos, después del golpe de Estado, sino que han participado en la obra bolcheviquista cuando nadie podía soñar siquiera en su éxito fulminante de 1917.

La segunda serie bolcheviquista es formada por todos aquellos que en las capitales y en provincias tuvieron participación en el golpe de Estado, por todas esas gentes que predicaban en el ejército la desertión, y el saqueo en los campos, que arruinaban a los oficiales y a los burgueses, que se apoderaban de las cajas públicas, detenían y reducían a prisión a los sospechosos y desempeñaban, en general, todas las tareas infames de la primera hora del bolcheviquismo.

Quizá se podría encontrar entre esos bolcheviques, del golpe de Estado, algunos hombres que aceptaron la nueva doctrina sinceramente y de buena fe, pero, en su inmensa mayoría, forman la hez del pueblo, una congregación de ladrones y a menudo de prófugos de la justicia. Algunos, en el curso de los dos años que han seguido al advenimiento del bolcheviquismo, han sido apresados nuevamente como ladrones, pero los más hábiles continúan siendo «comisarios», y desempeñan las funciones más importantes de la administración bolcheviquista. Por toda etiqueta tienen la de pertenecer al partido comunista. Estas gentes se encuentran mal disciplinadas

y no obedecen las órdenes de sus jefes cuando esas órdenes no convienen a sus intereses personales; su elemento natural es la anarquía de las primeras horas del bolcheviquismo y todo su esfuerzo se aplica a hacerla durar. Para Lenin que desencadenó la rebelión y proclamó la deserción, semejante hez comunista del pueblo ruso, representa siempre al cuerpo de la revolución. El forma parte de ese grupo.

Durante los primeros meses el régimen bolcheviquista, todas las administraciones efectivas del país, excepto las medidas de orden general, se encontraban exclusivamente en manos de este elemento, cuya mayor parte carecía de toda educación.

Las oficinas de la antigua administración, al día siguiente del golpe de Estado, en un arranque patriótico y desinteresado, se habían declarado en huelga. Fueron inmediatamente licenciadas. Los bolcheviques se encargaron solos de la dirección de todos los negocios y servicios. Se siguió un desorden indescriptible. Individuos ignorantes, casi analfabetos, puestos a la cabeza de los negocios más serios, se consagraron a destruir la máquina administrativa reemplazándola por un sistema de abusos, de vejaciones y de concusiones. Los órganos centrales no tenían ninguna influencia sobre esta nueva burocracia que sólo se preo-

cupaba de exigir dinero de las cajas fiscales.

Estos nuevos allegados de la nueva burocracia conservan sus posiciones administrativas hasta hoy.

Solamente que, a poco, principiaron a desligarse del trabajo diario de las oficinas, llamando a un personal más calificado, pero reservándose siempre para ellos los primeros puestos. Ese personal secundario fué reclutado entre los antiguos funcionarios que, después de algunos meses de abstención, con sus recursos completamente agotados y corriendo día a día el peligro de ser detenidos y asesinados, se vieron obligados a volver a las oficinas de la administración bolcheviquista. Por otra parte, su aparición no produjo el cambio que habría sido de esperar. Los numerosos técnicos al servicio de la administración bolcheviquista, se encuentran en condiciones imposibles de trabajo. Los bolcheviques de arriba dictan diariamente decretos inaplicables fundados exclusivamente en tendencias abstractas. Los jefes directos, bolcheviquistas de la segunda serie, son rebeldes en absoluto a toda adaptación. Los métodos de orden y de disciplina restablecidos por los técnicos, son inútiles en ese medio y todos tienen conciencia de ello; haga lo que haga el bolcheviquismo, será siempre el mismo. El solo resultado de la aparición de esta nueva serie de

burócratas ha sido el de producir cierta cortesía en las relaciones con el público.

Tales son los principales elementos que, bajo el nombre engañoso de Soviets, constituyen actualmente la administración bolcheviquista rusa. A pesar de ciertos cambios de detalles, realizados desde 1917, el fondo del régimen permanece el mismo. Los hombres del golpe de Estado continúan a la cabeza de la administración, conservan celosamente las situaciones adquiridas y no permiten en forma alguna que los elementos calificados tengan la menor influencia en los negocios.

IV

La alianza de estos dos elementos dirigentes del bolcheviquismo ruso; revolucionarios, fanáticos y ciegos, por una parte, y por otra, ladrones y antiguos desertores, es la característica esencial del régimen bolcheviquista. Los centros bolcheviquistas legislan y establecen las grandes líneas de la política interior y exterior, y los innumerables bolcheviquistas de menor cuantía, encargados de aplicar los decretos y la dirección general, se aprovechan a su manera, encontrando fáciles pretextos para proseguir sin descanso su actividad desordenada y criminosa. Probablemente bastaría la existencia de uno de esos dos factores para

hacer material y moralmente detestable la vida en la Rusia soviética, pero el concurso de ambos la hacen radicalmente insoportable.

Desde el primer día de su existencia, el Gobierno bolcheviquista se ha dedicado a dictar decretos.

El método de esta legislación es el siguiente: se parte del supuesto de que desde el momento de la exaltación de Lenin, la Rusia ha franqueado el límite que separa el régimen capitalista del régimen socialista. Todo debe subordinarse, en consecuencia, a las ideas de la nacionalización inmediata de los medios de producción, y del mecanismo de la distribución. Los decretos van consagrados, pues, a deducir las consecuencias lógicas de esa fórmula abstracta. Se recibe la consulta, por ejemplo, acerca de si en una comuna podrán existir Bancos particulares; se contesta entonces con toda lógica, que el comunismo no puede admitir su existencia. Se dicta inmediatamente después un decreto por el cual se nacionalizan los Bancos con el activo y su pasivo. No hubo nadie que se preocupara de las consecuencias prácticas que deberían emanar de esta nacionalización. La doctrina lo prescribe y esto basta. Es una legislación fácil: no se tropieza con ninguna dificultad y se puede aplicar a toda especie de cuestiones sociales. ¡Perezcan las colonias, pero vivan los principios!

Pero, enseguida, tuvo que seguir la aplicación. Los bolcheviques de segundo orden enviaron guardias rojos para que se adueñaran de los Bancos; se pintaron numerosos letreros indicativos de que tal o cual Banco particular ya no es sino una sección del Banco Nacional Unico, y se ha colocado a la cabeza de esta sección, a un comisario más o menos falto de probidad. Roba hasta cuando le es posible y hasta que es sorprendido. Se le despide, entonces, y se reemplaza por otro. A fuerza de cambios se llega hasta tener un comisario que ya no puede ser sorprendido en flagrante delito, y el Gobierno queda muy satisfecho. Pero esto es porque la sección del Banco Nacional ya no funciona; está muerta. Después de la nacionalización de los haberes, los antiguos clientes y por cierto los nuevos ricos del régimen bolcheviquista, menos que los otros, no se sirven del Banco; nadie ha tenido la candidez de depositar en él su dinero. Se guarda éste en el domicilio, corriendo el riesgo de ser desalojado por los saqueadores, y se le oculta tras el papel de las paredes o en agujeros en el suelo. La institución bancaria ha sido nacionalizada, pero ya no existe. Parecería lo más práctico suprimir la sección, pero buen cuidado se tiene de no hacerlo, y esto, por dos razones: en primer lugar, la doctrina comunista prescribe la nacionalización y Lenin

no desistirá jamás de tal doctrina, y en segundo lugar, el comisario bolchevique de la sección está interesado en conservar las remuneraciones que le fueron asignadas, en no perder las ocasiones de robar, que se le ofrecen. Tiene, además, suficiente influencia para poder oponerse a la supresión de la sección cuya supervigilancia le está encomendada.

¿Será necesario analizar el conjunto de las medidas adoptadas para la aplicación integral del comunismo? En principio, salvo algunas excepciones locales, todo se encuentra nacionalizado. En Petrogrado, que durante más de un año fué considerado por las gobernaciones del norte como una comuna separada y semi-independiente, el número de los establecimientos nacionalizados es quizá menor que en Moscú. Por ejemplo, Moscú y las otras ciudades centrales han nacionalizado las peluquerías; al paso que en Petrogrado ellas constituyen todavía las delicias de las beldades del nuevo régimen. Estas son diferencias sin interés: lo que importa es bosquejar la situación en sus rasgos principales.

En principio, se encuentran nacionalizadas la producción y la distribución de todos los bienes que se necesitan en la vida social. ¿Cuál es la naturaleza o el efecto de todas estas medidas? Ya no hay ni patronos ni obreros, ni comerciantes por mayor o por menor; sólo exis-

ten funcionarios y oficinas. Un ejemplo: tenéis necesidad de papel de cartas. Necesitáis principiar por comprobar vuestro derecho a ese papel, puesto que, según la doctrina, sólo el que trabaja tiene derecho a un bien cuya distribución corresponde al Estado. Tratáis de imponeros acerca de cuál de las innumerables oficinas existentes tiene competencia para otorgaros el certificado que requerís, revestido de las firmas y de los sellos reglamentarios y que acrediten que tenéis realmente necesidad de papel de cartas y derecho para recibirlo. Después de haber perdido uno o dos días en estas investigaciones previas, tenéis al fin en vuestras manos el certificado necesario. Esto sólo importa un permiso para comprar, y por cierto no es el papel mismo. Proseguís vuestras investigaciones, y después de una nueva pérdida de tiempo, lográis tener la indicación del lugar en que se encuentra el depósito nacional de papel para cartas. Es una antigua librería o papelería nacionalizada.

Corréis en primer lugar el riesgo de encontrar cerrada la papelería, con un letrado que os anuncia que los funcionarios del Estado están haciendo el inventario de las existencias incautadas. En tal caso, debéis perder algunos meses todavía. Pero, si por ventura el inventario de las papelerías se encuentra terminado, no por eso son menos dudosas vuestras

expectativas de tener papel de cartas. Podéis estar casi cierto de que al cabo de una prolongada espera formando cola, llegaréis al mesón cuando la existencia esté agotada. Se os dará, empero la seguridad de que habrá papel en un plazo de dos semanas o más. Vuestro certificado habrá caducado y entonces vuestras gestiones tendrán que comenzar de nuevo. Lo mismo ocurre para llegar a tener una pluma, un lápiz, una carretilla de hilo, etc.

¿En dónde se encuentra el papel que comprastéis tan fácilmente antes de la nacionalización? Diferentes hipótesis pueden formularse. El agente encargado de la nacionalización es un bolchevique de ínfima cuantía, de la especie que tengo ya descrita. Ha robado sencillamente, una parte de la existencia, para venderla clandestinamente a un precio exorbitante, favorecido por la falta de papel en el mercado libre. Esta es la hipótesis que probablemente se presentará más a menudo. Puede suceder también que el papel no haya sido robado, sino vendido a la clientela que os ha precedido.

Vuestro antiguo proveedor, tenía interés en completar su stock lo más pronto posible, pero el funcionario que dirige el stock no tiene el mismo interés. Si es activo entrará en correspondencia con cualquiera oficina central y pedirá nuevas mercaderías. Pero la correspon-

dencia administrativa marcha a paso de tortuga, aun en un estado socialista; además pueden suscitarse ante la oficina algunas cuestiones de doctrina, y así concluirán todas vuestras esperanzas de obtener papel de carta.

Suponed ahora por un momento que la oficina quiera proceder de un modo lógico y con sujeción a sus principios. Querría decir, entonces, que se deberá practicar el inventario de todo el papel de cartas existente en toda la Rusia, formular después un proyecto de distribución entre cien millones de hombres y distribuirlos, por fin, conforme, a ese proyecto. Se puede tener la seguridad de no llegar a poseer jamás el papel anhelado, pues al fin y al cabo en el régimen bolcheviquista no podrá durar siempre.

Puede suceder también que los stocks falten y que los funcionarios más celosos y más íntegros dedicados a la dirección del comercio nacional no puedan surtirlos de mercaderías. La dificultad estriba en la insuficiencia de la producción. La industria se encuentra nacionalizada. El obrero, convertido en funcionario percibe un sueldo fijado por el Estado. No tiene interés alguno vinculado a la producción y el solo motivo que puede inducirlo a trabajar con celo es la conciencia de su deber social. Los hechos prueban que esto no es bastante. Al patrón que tenía interés en ver desarrollarse la producción se le ha reemplazado por una

oficina servida por una legión de funcionarios. La oficina es formada por cierto número de personas reunidas allí para percibir honorarios que les permitan subsistir, pero convencidas, por otra parte, de que el bolcheviquismo es una locura. Tal administración es profundamente indiferente a lo que se hace en las fábricas de cuya dirección se ha encargado; pero aun suponiendo que las cabezas redondas bolcheviquistas se encontrasen animadas del más puro espíritu comunista, que trabajasen con entusiasmo, y que, por otra parte, los obreros de la fábrica fuesen movidos por el deseo desinteresado de contribuir al bien general, las dificultades serían siempre enormes.

En efecto, cada fábrica depende de la producción de otras ramas de la industria igualmente nacionalizadas y en la que impera el mismo desorden. La nacionalización ha producido en todas partes la más completa desorganización de la industria y el rendimiento de trabajo se encuentra reducido a cero. El mecanismo económico de una comuna de cien millones de participantes debe tener para funcionar una precisión ideal, que no se encuentra en la naturaleza humana. El espíritu de organización no ha sido jamás el fuerte del carácter ruso, y ha sido siempre considerable su fondo de pereza. Un decreto no significa nada. Dejo de mano la cuestión general de saber si, en

tesis absoluta, es posible hacer funcionar un mecanismo social construído según los conceptos simplistas del comunismo; no considero sino los resultados producidos por los decretos bolcheviquistas.

La producción industrial se ha paralizado en todas partes; el organismo social económico ha muerto. Las fábricas se clausuran unas tras otras. La mayoría de los obreros han sido despedidos; si se mantienen todavía algunos millares en los grandes centros industriales, esto no es sino a título decorativo; es indispensable que se encuentre representada la nueva sociedad de los inválidos de la industria mantenidos a costa del Estado. Los obreros despedidos permanecen en la ciudad o en la aldea, en la cual conservan algunos vínculos, como es el caso de la mayoría de los obreros rusos; otros más hábiles, convertidos después del golpe de Estado en comunistas oficiales, son desde ese tiempo comisarios; los demás han sido movilizadas y forman parte del ejército denominado rojo.

Pero sigamos con nuestra exposición. A pesar de todo, tenéis necesidad de cierta mercadería. En alguna parte deberá existir alguna cantidad, sea robada a los stocks nacionalizados, sea ocultada por los propietarios. Os encontráis aquí bajo el dintel del reino de la especulación.

Bajo el régimen bolcheviquista el comercio clandestino e ilegal no es un hecho más o menos excepcional; constituye todo un mecanismo económico establecido al lado del sistema de la economía implantada oficialmente y que desempeña una función social de suprema importancia. El Estado, único depositario legítimo de los bienes, sólo suministra una cantidad insuficiente de víveres. Privado de otros recursos, moriríais literalmente de hambre. Respecto de los otros objetos por el estilo del papel de cartas, el Estado os contesta con un rechazo liso y llano. Como cien millones de hombres necesitan continuar viviendo, una permuta privada se establece, en primer término, en el campo y la ciudad, y después en el interior de las ciudades, y entre las ciudades, permutas severamente prohibidas y perseguidas por las autoridades, pero que tienen cada día una difusión más considerable.

El campesino acarrea pan para comprar sal o vestidos. Tan necesario es el pan en la ciudad, que se le paga a cualquier precio. Por otra parte, el comercio del pan y su transporte se encuentra estrictamente prohibido, y en cada estación de ferrocarriles los guardias rojos pueden presentarse para registrar a los viajeros; el campesino que tiene la suerte de esconder su mercadería, o efectuar su trayecto de ferrocarril sin encontrar guardias rojos, hará pa-

gar, naturalmente, los riesgos de la confiscación y de su arresto eventual por comercio ilegal. De otra parte, independientemente de los gastos y del riesgo, trata de ganar lo más que pueda y el hambre se lo permita. En la fecha de mi salida de Petrogrado, Julio de 1919, el pan se pagaba a razón de 50 rublos la libra, en vez de los cinco kopecks de antes del bolcheviquismo, es decir que el precio ha subido mil veces. Igual cosa sucede en los cambios comerciales entre las ciudades. Compráis papel de carta a un vendedor que para procurárselo ha tenido que infringir una multitud de leyes penales, que ha corrido el riesgo de ser reducido a prisión, y aun de sufrir la pena de muerte. Como concurrente no tiene sino al Estado propietario de todo, y este concurrente no puede suministrar nada. Es fácil imaginar cuál será el precio que tendréis que pagar.

«El hombre del saco» (mechetchmik), campesino que os trae clandestinamente a domicilio cierta cantidad de provisiones en un saco que carga a la espalda, es la contra parte del bolchevique. El hombre del saco es una parte esencial de la vida económica rusa bajo el bolcheviquismo. El mecanismo del comercio de contrabando de que es agente, es lo único que permite vivir. Los mismos que soportan los precios de la especulación que se hace pagar el hombre del saco, reconocen tácitamente los

beneficios de su tarea, y lo rodean de la simpatía general, lo que en cierta medida, disminuye los riesgos que tiene que correr.

Desde que el mecanismo del comercio clandestino ha comenzado a formarse, el bolcheviquismo le ha declarado guerra encarnizada. Nada más natural, puesto que es el orden burgués que renace y se propaga a despecho de la organización bolcheviquista. Pero todas las sanciones penales que se han dictado han sido inútiles para estirparlos. Las necesidades que ha producido el nacimiento de este mecanismo económico subalterno, son demasiado urgentes y, por otra parte, los agentes bolcheviquistas del poder público son demasiado venales para poder alcanzar éxito. He aquí cómo ocurren las cosas. Un especulador encuentra facilidades para comprar leche en el campo y toma el ferrocarril para dirigirse a Petrogrado. Los guardias rojos encargados de la represión del comercio ilícito, al registrar el vagón encuentran la leche en el clásico saco del especulador. Deben confiscarlo y entregarlo a cualquiera oficina encargada de la distribución de las sustancias alimenticias. Pero estos mismos guardias rojos no han probado la leche desde muchas semanas; se produce entonces un arreglo amistoso; una parte de la leche es confiscada y consumida ahí mismo por los guardias, i el resto es devuelto al especulador.

El hombre del saco es una figura simbólica que tiene numerosas variantes. Las condiciones de la existencia son tan duras que todo el mundo bajo el régimen comunista se ha convertido en especulador; se vende lo que se tiene aprovechando la anarquía reinante en los precios, puesto que ese es el único medio de procurarse el pan cotidiano. Cuando hay ausencia total de producción, cualquier objeto, aun usado, se convierte en mercadería. El contenido del canasto del basurero reemplaza poco a poco a las verdaderas mercaderías. Todo llega a ser objeto de demandas apremiantes de los consumidores y todo tiene su precio en el mercado clandestino e ilegal que acabo de describir. El fenómeno denominado oficialmente como especulación, constituye en la actualidad en Rusia un factor esencial de la vida económica. Sería ocioso insistir sobre las desastrosas consecuencias del sistema desde el punto de vista de la moralidad pública. Me limito sólo a constatar la inportancia de su función económica.

Pero este mecanismo económico subrepticio, al permitir a la población la supervivencia a despecho de los decretos bolcheviquistas, no tiene suficiente poder para detener de un modo general la ruina que entraña el bolcheviquismo. No debe olvidarse que el comercio ilícito es un fenómeno económico anti-natural que se de-

sarrolla en condiciones anormales. Por otra parte, cualesquiera que sean los servicios que presta la especulación bajo el régimen comunista, ella por sí sola es impotente para hacer resurgir la producción. El bolcheviquismo ha creado en Rusia un hecho que todo lo domina y contra el cual no existe remedio en tanto que impere el bolcheviquismo: este hecho es el hambre.

Desorganizado el trabajo, interrumpida la producción, destruidos sus medios de realizarla, todo contribuye a crear un estado de miseria intensa que ha sido descrito muchas veces. La guerra mundial ha dado a luz tantos dolores, que la descripción de un país lejano en que diariamente mueren de hambre millares de personas no produce la menor impresión en el lector hastiado o escéptico. Pero aquellos que han vivido bajo el bolcheviquismo, jamás olvidarán la imagen de aquellas ciudades en que uno se codea sin cesar con la muerte, bajo la máscara espantosa del hambre, en que nadie se preocupa de otra cosa sino de la manera de procurarse alimentos, y no se interesa en nada salvo en el precio de las patatas o de la harina, en que toda la vida intelectual se encuentra aniquilada por la preocupación elemental de no morir de hambre.

Cuando se habla de morir o no de hambre en la Rusia soviética debe considerarse esa

expresión en el sentido propio de la palabra, o bien interrogar a los médicos de los hospitales para conocer su interpretación exacta. Muchas veces se ha tratado de enviar a Rusia comisiones internacionales de investigación: les aconsejo que para darse cuenta de la situación, se dirijan en primer lugar a los médicos. Son ellos los que pueden trazar el cuadro de la miseria que reina en todas partes. Emplearán en su sentido literal esa palabra que desde hace largo tiempo no usó, felizmente, la humanidad sino en sentido figurado.

En cualquier otro país, la aplicación de dos años de bolcheviquismo, sería económicamente imposible: la catástrofe sobrevendría al cabo de dos meses. Lo que ha hecho posible ante nosotros la experiencia ultra-marxista es el estado atrasadísimo de nuestro desenvolvimiento económico. La Rusia es un país agrícola en que la clase obrera no ha roto aún sus vinculaciones con el campo. Este soporta más fácilmente la desorganización económica i tanto más cuanto la agricultura en Rusia se encontraba entre los campesinos a un nivel muy bajo. El campesino tiene su pan, su leche, su carne y en rigor puede, durante largo tiempo privarse de los productos de la industria. Su fuerza de resistencia es, sin disputa superior a la del ciudadano, del obrero, del funcionario o del hombre de profesión liberal.

Solamente el campo del norte de Rusia, en que la producción de trigo es deficiente, se encuentra en absoluta imposibilidad de vivir presa del estado de desorganización social que suscita el bolcheviquismo. Pero en esta región se produce un éxodo general. El campesino de Novogorod o de Iver cierra su casa, toma el dinero que ha economizado durante la guerra, emigra con toda su familia a alguna gobernación del sur, en que el pan es más abundante.

La fuerza de resistencia económica, del campesino ruso es un producto del estado seminatural de la economía rural rusa, y explica por qué el país continúa viviendo. ¿Quié debate decir esto que la Rusia podrá soportar económicamente y por tiempo indefinido, al bolcheviquismo, pagando el triunfo del comunismo por una retrogradación a un estado rudimentario y bárbaro?

Pero aun este marxismo al revés, no puede durar indefinidamente. He aquí la razón: el bolcheviquismo ha producido un desenvolvimiento desmesurado y casi fantástico del mecanismo gubernamental. Muchos factores han contribuido a esto. Desde luego, todo estado comunista es necesariamente un estado burocrático: un funcionario os entrega en la mañana vuestro pan y vuestra carne; se os presenta como redactor de vuestro diario, como empleado de tranvía, obrero, director de

cinema, artista, ingeniero, pintor y aun poeta. En una comuna se encuentra todo nacionalizado. Desde el advenimiento del bolcheviquismo se ha visto aumentar el número de los funcionarios del Estado en una proporción siempre creciente. En Petrogrado, después de la translación de la capital a Moscú, los edificios públicos que eran holgados para el Gobierno central de un inmenso imperio, no bastaban para contener la administración local de la ciudad y de los distritos dependientes de ella. Pero hay más: la imposibilidad de encontrar cualquier empleo, fuera de la máquina gubernamental empuja y obliga a las gentes a buscar ocupación en la administración, a fin de ganar algo de dinero. Fácilmente se encuentra un deudo o un amigo que está ya al servicio del Gobierno y éste convence a su jefe de que es absolutamente indispensable aumentar el personal. Como los bolcheviques no tienen nada que se asemeje a un presupuesto regular, se llega forzosamente al resultado de conceder un crédito suplementario. Es cierto que en algunas ocasiones, después de muchos meses de existir esta oficina desmesuradamente inflada, se advierte que se gasta mucho en ella, y entonces se la suprime. Pero, en el intervalo, otra oficina se ha creado y entonces todos los funcionarios exonerados de la primera se pre-

cipitan a ésta, para conseguir un nuevo sueldo gubernamental.

El mismo fenómeno se produce en todas las instituciones de la Comuna, fábricas, cinemas, teatros, diarios, etc., etc. Este ejército de empleados formado por toda la población de los ciudadanos, debe ser alimentado. Necesita por lo menos un poco de pan, puesto que los víveres suministrados por la especulación cuestan muy caros y están fuera del alcance de la mayoría.

Existe, además, el ejército rojo. Más adelante explicaré cómo los bolcheviques han logrado organizar un ejército. Basta notar por el momento que la condición esencial de la existencia del ejército rojo es su derecho a ser alimentado mejor que la población civil; sin esto se desbandaría inmediatamente. Es necesario, pues, disponer de víveres a toda costa.

El Gobierno bolcheviquista no compra el pan y los demás víveres. Eso sería contrario al primer artículo de su símbolo económico, es a saber que la producción de trigo y su comercio son monopolizados por el Estado. En principio una parte de la cosecha es, por consiguiente, requisicionada obligatoriamente por el Gobierno, y toda producción sometida al control gubernativo.

Aun en un país bien organizado, el ejercicio de este control sería una tarea muy deli-

cada; pero en el estado de anarquía en que se encuentra Rusia, con un mecanismo administrativo dirigido por ese tipo de bolcheviquismo de la más baja estofa, que he tratado de describir, los campos se encuentran a merced del primer llegado que se presenta con una orden de requisición. Por de contado que el campesino hace poderíos por ocultar su cosecha; así es que el Estado se encuentra en la precisión de enviar verdaderas expediciones militares a las aldeas para que puedan subsistir las ciudades y el ejército. Los campesinos, se encuentran, pues, en la imposibilidad de defenderse; y todo conato de resistencia es reprimido a mano armada. Diariamente se producen motines de campesinos en todas las comarcas de la Rusia soviética. La prensa oficial y los discursos de los jefes bolcheviquistas, rebosan de amargas quejas en que denuncian la oposición que encuentran entre los pequeños capitalistas campesinos.

Para poner remedio a esto, el gobierno establece los campesinos «comités de la pobreza campesina», especie de dictadura legal del proletariado agrícola. Pero ha debido comprender que en el hecho, el campesino pobre en Rusia, país en el cual cada uno según la ley tiene derecho a un lote de tierra, es aquel que trabaja mal y nada produce. Se ha invocado entonces la ayuda del campesino de condición media.

Pero este llamamiento ha tenido el mismo resultado negativo. Desde que se pone mano en la cosecha del campesino, éste, sea cultivador pequeño, mediano o rico, estará siempre descontento y tratará de ocultar sus bienes. Entonces interviene el agente del poder, practica requisiciones y se incauta de la cosecha.

Antes del advenimiento del bolcheviquismo, el campesino le era muy favorable. Gracias al golpe de Estado, pudo adueñarse de las tierras del propietario, realizando sus viejas aspiraciones. Pero no ha tardado en llegar al desencanto. La emigración al campo de los obreros que huían de las ciudades, resueltos a participar en la repartición de las tierras, constituyó un primer contratiempo. Y después de que el poder bolcheviquista apareció a los ojos del campesino bajo el aspecto de una expedición militar que viene a apoderarse a mano armada de su propiedad, se ha vuelto francamente hostil al nuevo régimen. Lamenta el buen tiempo anterior a la dictadura «de los obreros campesinos y soldados» en que su cosecha le pertenecía de derecho y de hecho. Mientras puede evitar la requisición y vender su trigo por intermedio de un «hombre del saco», continúa labrando su posesión. Pero el día en que comprende que una sola «cantidad mínima», prescrita por las leyes bolcheviquistas relativa al monopolio agrícola, le es permitido en el hecho conservar

no trabaja sino para producir ese *mínimum*. Se puede estar en favor o en contra del monopolio gubernativo de los trigos mientras se considera la cuestión bajo el punto de vista teórico; pero ningún bolchevique podría negar el hecho de que bajo el régimen actual su aplicación llega derechamente a la disminución siempre en aumento de la producción agrícola. Si el campesino trabaja todavía se debe a que conserva la vaga esperanza de que el reinado del bolcheviquismo habrá de tener fin. El día en que esta esperanza desaparezca, el exceso de la producción agrícola necesaria para la subsistencia de las ciudades y del ejército desaparecerá totalmente.

V

Cuando se estudia en su conjunto el sistema económico implantado en Rusia por la legislación bolcheviquista, aparece de manifiesto su extrema locura. Cabe entonces preguntar: ¿cómo se ha podido conseguir que la población soporte todas estas medidas que han rebajado el nivel de la vida social hasta un estado de barbarie primitiva? ¿Cómo es posible que un régimen de trabajos forzados y de hambre obligatoria impere desde hace dos años y que los rusos no sacudan el yugo bolcheviquista? Trataré de contestar a estas

preguntas del modo más preciso. Pero en primer lugar importa recordar que muchos malos gobiernos, detestados por el pueblo que les estaba sometido, han subsistido durante períodos mucho más dilatados. La historia de todos los países ofrece a este respecto ejemplos que nadie ignora. La duración del imperio de Lenin no demuestra por sí sola ni que goce de ninguna especie de popularidad ni que posea cualidades intrínsecas. El bolcheviquismo ha implantado su dominación por la fuerza y gobierna por medio de los procedimientos clásicos de todas las tiranías oligárquicas.

La formidable explosión subsiguiente al golpe de Estado del 25 de Octubre de 1917, aniquiló todos los poderes públicos de la revolución de Febrero y del antiguo régimen. Con fanático encarnizamiento los jefes bolcheviquistas han hecho tabla rasa de toda la legislación antigua y de todas las viejas instituciones administrativas y judiciales. Han sido abolidas las más elementales garantías de la libertad individual. La arbitrariedad pura y simple de la burocracia bolcheviquista han sustituido el antiguo régimen jurídico que acababa de ser mejorado por la legislación progresiva y democrática de la revolución. Ya no existe el derecho, y todo bolcheviquista hace lo que quiere sin otra norma que la de su soberana voluntad. No tiene el sentimiento de

que le puede afectar la menor responsabilidad; basta que se declare fiel a las ideas de lucha de clase y de que haga valer su celo comunista para que pueda saquear y hacer fusilar a sus conciudadanos, si así lo desea, sin temor de desagradar a su jefe.

En los comienzos todavía existía la prensa, la cual a pesar de estar sometida a la censura, continuaba no obstante, ilustrando a la opinión pública en cierta medida, y podía denunciar los abusos veladamente. Pero este estado de cosas no duró sino algunos pocos meses.

Enteramente libres en sus movimientos, los bolcheviques defienden su poder por todos los medios y con feroz encarnizamiento. No es mi ánimo exponer aquí el martirio de la sociedad rusa bajo el bolcheviquismo. Básteme decir esto: los bolcheviques no pueden negar que el número de sus víctimas alcanza a muchas decenas de miles de hombres y de mujeres fusilados sin forma ninguna de juicio, en virtud de simples órdenes administrativas. Este solo número desafía a toda comparación con el terror de la revolución francesa. Por lo demás, en casos como éste, una analogía histórica no sirve de consuelo a aquellos que viven bajo el régimen bolcheviquista y arriesgan a cada instante su vida, sin que nadie les pueda explicar por qué es sacrificada su existencia con el corazón ligero y casi por hábito.

Bajo la presión del terror, se ha visto desaparecer toda manifestación de cualquiera forma de actividad política en el interior de la Rusia soviética. Para poder combatir el bolcheviquismo es indispensable emigrar. Y se emigra, efectivamente, contribuyendo de este modo poco a poco a establecer nuevos centros de vida política rusa en Siberia, en los márgenes del Don en Finlandia y en el extranjero.

La tiranía de las comisiones extraordinarias bolcheviquistas «para combatir la contra-revolución y la especulación», (es de notar que para los bolcheviquistas todo lo que no es bolcheviquismo es «contra-revolución»), no sería posible si el bolcheviquismo no hubiera organizado un poderosísimo mecanismo de compulsión. Este mecanismo es el ejército ruso.

Al principio, el bolcheviquismo era pacifista y se discutía ardientemente en el seno del partido acerca de si la doctrina socialista-demócrata autorizaba o no la creación de un ejército sobre la base del servicio militar obligatorio. Triunfó la necesidad de defender el poder mal asentado, y se procedió a la organización de un nuevo ejército. Trotzky después del fracaso completo de sus combinaciones diplomáticas, fué encargado de este trabajo y tuvo éxito en la reorganización de un ejército.

Su procedimiento fué muy sencillo. Después del desastre militar provocado por el golpe de Estado, subsistían algunos cuadros de oficiales que fueron movilizados de nuevo y tuvieron que someterse para evitar la muerte y el hambre. Con el auxilio de estos cuadros, se procedió a movilizaciones paulatinas, y poco a poco reconstituyó el *antiguo* ejército. Subrayo la palabra antiguo, porque ella explica un hecho que parece impresionar sobremanera al extranjero. Los oficiales han sido obligados a entrar en los cuadros con motivo del peligro que corrían permaneciendo afuera, y por la necesidad de ganar su pan y de subvenir a las necesidades de su familia. Millares de héroes optaron por perecer, pero no podía esperarse que todos hicieran lo mismo. Y, por otra parte, ¿cuántos pretextos no se discurren en estos casos para excusar las caídas? Con la mayor frecuencia se dice que el ejército una vez reconstituído podía deshacerse de los bolcheviques. Un simil de uso frecuente en la Rusia soviética dice que esos oficiales son como los rábanos rojos: rojos por el exterior, blancos en el interior. Con la ayuda de estos cuadros el ejército se ha reconstituído fácilmente. Se organizaron las unidades, los estados mayores, las oficinas de la administración militar y después se procedió a las movilizaciones.

Fatigada por la guerra, es natural, que la población oponga una resistencia pasiva. Por cada cien jóvenes convocados a las armas concurren quizá unos cincuenta de los cuales la mayoría se propone desertar en la primera oportunidad. Pero el material humano es en Rusia inagotable y a fuerza de repetidos llamamientos se alcanza a tener el número necesario de soldados.

La minoría que acude al servicio es guiada por motivos muy diversos. Uno de los principales es la necesidad de alimentarse. El soldado del ejército rojo disfruta de un solo derecho incontestable. Es alimentado. Recibe doble cantidad de pan que el paisano, y, además, carne, azúcar, té, tabaco, etc. que no habría podido jamás procurarse de otra suerte. A la par de este motivo que es predominante en las ciudades y en los campos del norte de Rusia, en que el hambre es intensa existen también otros. Aun cuando el poder soviético no haya echado raíces en los campos, los cuales no son gobernados sino por medio de «expediciones correccionales», se corre a menudo grave peligro al no someterse; se puede ser denunciado por el vecino, detenido y aprehendido en los ferrocarriles, etc. En fin, hay en el país un viejo sedimento de obediencia a las autoridades que subsiste a pesar de la anarquía.

Colocados en sus unidades, los reclutas encuentran en ellas las condiciones habituales de existencia del soldado: el oficial que manda, un cuartel con su régimen consagrado por la tradición, otros soldados que habían adquirido ya ciertas nociones de disciplina militar.

Esta masa, más o menos amorfa, compuesta de oficiales que odian al bolcheviquismo y de soldados listos para la deserción, no podría por cierto, constituir un ejército poderoso entre las manos del bolcheviquismo. Esto lo comprendieron muy bien los bolcheviques. Así, desde su primera formación militar, han sometido todas las unidades militares, todos los estados mayores, todas las instituciones administrativas del ejército a un control bolcheviquista muy estrecho, organizado principalmente, por medios de dos procedimientos sencillísimos.

Cada unidad militar contiene cierto número de comunistas, delatores pagados y custodios secretos de la disciplina bolcheviquista. Por otra parte, toda institución militar se encuentra sometida a la supervigilancia de un comisario bolcheviquista que tiene derecho de vida y muerte sobre el personal militar de la institución. El comisario tiene la responsabilidad de todo lo que se hace en la unidad que tiene encargo de vigilar, y arriesga su vida si se exterioriza el menor movimiento de oposi-

ción. El jefe comunista es implacable: pues corre el riesgo de ser fusilado por toda defección que se produce, y sabidos son los extremos de crueldad producidos por el miedo.

Durante la ofensiva de Joudenich los bolcheviquistas han redoblado sus precauciones. Han inventado una sanción cuya odiosidad sobrepasa todo lo imaginable: cada oficial debe declarar el nombre y la dirección de su mujer y de sus padres; quienes son mantenidos como rehenes y fusilados en caso de deserción del marido o del hijo.

Bajo este régimen del terror, el ejército rojo que en sí mismo está pronto para dislocarse en la primera oportunidad, está obligado a soportar el bolcheviquismo y aun a sostenerlo y reforzarlo.

El servicio bajo la bandera roja es considerado como una vergüenza y una deshonra para la inmensa mayoría de los soldados y casi totalidad de los oficiales; sin embargo permanecen sometidos a él no sólo por debilidad moral sino en fuerza de la dura necesidad.

VI

A medida que se prolonga la tiranía bolcheviquista, se propagan más y más el hambre y la paralización completa de la actividad económica e intelectual de un gran país.

En la Rusia soviética todo el mundo, desde las personas más humildes, tiene la conciencia exacta de que esta situación debe concluir, y de que son pasajeros todos los sufrimientos morales y materiales impuestos por los bolcheviquistas. Una solución es, en efecto, inevitable. Pero se pregunta cuál será ésta.

Los que ven las cosas de lejos imaginan dos: evolución lenta del bolcheviquismo hacia un régimen más moderado y menos anárquico, o bien la liberación del país por los esfuerzos del movimiento nacional anti-bolcheviquista. Pero todos los que conocen la Rusia comprenden muy bien que tal disyuntiva es sencillamente fantástica. El bolcheviquismo mitigado no existe, ni puede existir, por varias razones.

En toda sociedad humana hay un fondo considerable de optimismo y el ruso no tiene temperamento vindicativo. Se puede, por tanto, esperar que un gobierno, cualquiera que haya sido su origen, por el hecho de haber establecido su imperio sobre todo el territorio de la antigua monarquía rusa, llegará a ser aceptado por la mayoría, y por consecuencia lógica, ha podido alcanzar a armonizar poco a poco su política con los intereses intelectuales y morales de la nación. Nada de esto ha sucedido. Los que permanecieron sometidos

a las repúblicas de los soviets siguen con ansiedad la marcha de los acontecimientos, esperando, quizá, todavía, contra todos los esfuerzos, que llegue el día en que el bolcheviquismo alcance el término de su esfuerzo destructivo y trata de adaptarse a las urgentes necesidades de las masas. Cada día les trae una nueva decepción. El bolcheviquismo es por esencia incapaz de corregirse. No tan sólo no existe traza de alguna evolución cualquiera del régimen sino que éste se hace cada día más odioso y destructivo.

Todas las grandes llagas del bolcheviquismo, que he tratado de describir, son incurables.

Principiemos por el centro dirigente del bolcheviquismo. Lenin, cuya voluntad fanática domina la situación, es incapaz de ceder ni una pulgada de sus conceptos simplistas, acerca de la evolución social y de los sueños bolcheviquistas y utópicos acariciados por él desde largos años. Los que lo rodean no podrán jamás inspirarle el sentimiento de la realidad. Para sus antiguos acólitos, al presente grandes personajes del gobierno central, es siempre Lenin la eucarnación viva del dogma socialista. Es un jefe ireemplazable. Nadie tiene la voluntad de Lenin, voluntad que permite gobernar al país a despecho del odio general que rodea al bolcheviquismo. Los bol-

cheviquistas comprenden que un golpe de Estado que tendiera a reemplazar a Lenin, sería el fin de su imperio. La disciplina en las filas de los gobernantes, requisito indispensable para la continuación de la lucha contra las corrientes hostiles cada día más fuertes, se desvanecería al día siguiente de ese golpe de Estado, y el bolcheviquismo habría perecido.

Lenin no puede, de consiguiente, suscitar oposición seria en el seno de los bolcheviquistas influyentes y éstos proseguirán repitiendo hasta el fin, las fórmulas utópicas de las primeras horas del bolcheviquismo.

¿Será necesario agregar que los numerosos bolcheviquistas de mínima importancia, los usufructuarios del régimen soviético, no pueden producir el menor cambio en la situación?

A despecho de todas las promesas, deliberadamente engañosas, que hace a los extranjeros, promesas en las cuales creen algunos candorosos, el bolcheviquismo ruso continúa siendo lo que era cuando apareció en el escenario histórico ruso el 25 de Octubre de 1917. Eso equivaldría a decir que el pueblo ruso estaría condenado a morir, si es que un gran pueblo pudiera, en realidad, morir.

La resurrección del país ruso es un hecho cierto de la historia de mañana. La Rusia

invoca unánimemente el fin de una vía crucis que sus destinos le han impuesto, y está próxima la hora de la liberación. El movimiento nacional que se dibuja es una encarnación de la voluntad de las masas maduras por los acontecimientos. Toda la Rusia soviética sólo vive por la esperanza de ver llegar a sus libertadores. ¿Qué le importan los nombres de los que actualmente se encuentran a la cabeza del movimiento nacional? Nadie sabe con precisión cuál será el gobierno ruso que habrá de suceder a la caída de Lenin. Pero algo se ha conquistado desde luego. El país está regenerado por los sufrimientos inauditos de las crisis bolcheviquistas; todos saben hoy día lo que vale un buen y un mal gobierno. La lucha contra los bolcheviques es nuestra primera lucha nacional por la libertad política.

En la hora del triunfo, habrá nacido por fin la verdadera democracia rusa.

BORIS NOBEL.
